

otros lugares ocupados pertenecientes á los grisones.» Los españoles se recobraron pronto de su sorpresa, y así como antes habían propuesto verbalmente que los fuertes de la Valtelina fuesen entregados al papa, inmediatamente después del tratado de 7 de febrero se comprometieron á ello por escrito con la condición, empero, de que el papa asegurase la tranquilidad del territorio ó restituyese los fuertes al rey católico. Aunque esta promesa era en extremo equívoca, Puisieux, después de muchas vacilaciones, consintió en aceptar al papa como depositario (marzo de 1623); pero Roma y España estaban de acuerdo para burlarse del gobierno francés. Feria no entregó todos los fuertes al duque de Fiano, hermano de Gregorio XV, sino que conservó en su poder Ripa y Chiavenna, plazas situadas á la salida de los dos valles; y el papa, á su vez, pretendía ó que los grisones se hicieran católicos ó que los valtelinos se constituyesen en una cuarta liga, igual en derechos á las otras tres ligas grisonas. El tratado de París justificaba por sus resultados la frase del embajador veneciano: *apparato fatto in carta*, demostración hecha sobre el papel.

Aquel gobierno, á quien tanto preocupaba el asunto de la Valtelina, veíase solicitado por los protestantes y por los católicos alemanes. El emperador, para recomendar al duque de Baviera, destinaba á éste la dignidad electoral, quitándosela al Palatino; pero España no era de esta misma opinión, pues, aparte de que la constitución de un gran Estado católico por la reunión de Baviera y del Palatinado podía cerrarle el camino entre sus posesiones del Milanesado y de los Países Bajos, consideraba ventajoso restablecer al Elector Palatino á fin de atraerse á Jacobo I y de privar á las Provincias Unidas de la alianza inglesa. A Jacobo I le agradaba tanto este proyecto, que acariciaba la idea de casar al príncipe de Gales con la infanta María, hermana de Felipe IV. Maximiliano de Baviera buscó un apoyo en Francia y al efecto envió á un capuchino, el P. Valeriano Magni, para invitar á Puisieux á que entrara en la liga católica alemana, á fin de contrabalancear á España que había ingresado en ella con el emperador; pero Puisieux se limitó á prometer que favorecería al bávaro si se declaraba contra el emperador, cuando precisamente Maximiliano más necesitaba de éste que del rey de Francia. El P. Valeriano regresó descontento del resultado de su misión, y Fernando, á pesar de la oposición de España, transfirió al duque de Baviera la dignidad electoral (25 de febrero de 1623).

En el entretanto, el duque de Buckingham, favorito de Jacobo I, y el príncipe de Gales habían resuelto, á fuer de verdaderos paladines, ir á España á conquistar la mano de la infanta y el Palatinado. Salidos secretamente de Inglaterra, detuviéronse dos días en París, en donde asistieron de incógnito al gran baile de María de Médicis (5 de marzo) y desde allí cabalgaron hasta Madrid, adonde llegaron el 17 de marzo. La corte francesa no tuvo noticia de su paso por Francia hasta después que hubieron partido de París, y los ministros hablaron de aquel viaje «como de una cosa de ninguna trascendencia;» pero la reina madre, que pensaba casar á su hija Enriqueta con el príncipe de Gales, tuvo, al saberlo, «un disgusto sangriento.»

Los Brulart, que eran omnipotentes, hicieron destituir á Schomberg, superintendente de Hacienda y amigo de Condé, y nombrar en su lugar al marqués de La Vieuville, á quien impusieron la obligación de dar cuenta de todo al Consejo que presidía el canciller (21 de enero). Traficaban con los empleos y, como de costumbre, dejaban que sus parientes y sus amigos se enriquecieran; y aunque estos abusos se consideraban entonces como ligeras faltas, Richelieu, que entonces se hallaba en la oposición, se escandalizaba de ellos.

Avanzaba éste lentamente preparando el puesto que había de ocupar. El cardenal de la Rochefoucauld había sido llamado al Consejo y, como príncipe de la Iglesia, pretendía sentarse inmediatamente después de los príncipes de la sangre, cuestión de preferencia que engendraba varias más. Los Brulart declaraban que habiendo un cardenal en el Consejo, la Curia romana conocería todo el secreto de los asuntos; pero María abogó en favor de La Rochefoucauld y decidió á su hijo. Todo el mundo sabía quién la había impulsado: «El interés del cardenal de Richelieu, escribe el embajador veneciano, está en conservar el puesto para un cardenal y comenzar á oponer un contrapeso al canciller.»

Mientras llegaba el momento de ser elevado al gobierno, entreteníase tomando de los libelos que á la sazón se publicaban y aun facilitándoles chanzas que no siempre eran del mejor gusto; sus relaciones con Fancán, canónigo de San Germán l'Auxerrois, portavoz de los políticos ó de los buenos franceses, como se les llamaba, no admiten ninguna duda. En *La France mourante* («La Francia moribunda»), diálogo entre la Francia, el canciller L'Hopital y Bayardo (que se publicó quizás en febrero de 1623), Fancán atacó la política y la codicia de los Brulart; pues bien, Richelieu alaba este libro satírico en el que, dice, los ministros están pintados «con sus verdaderos colores.»

Respecto de la política exterior, se observa perfecto acuerdo entre las Memorias de Richelieu y «La Francia moribunda.» Fancán, como Richelieu, no es partidario de una guerra franca contra España y el emperador; pero, como él, quiere que Francia ayude de veras á sus aliados y les haga moverse lo mismo en Alemania que en Italia. Uno y otro colocan en lugar preferente la cuestión de la Valtelina, porque «así como la usurpación de la Valtelina ha puesto el yugo á los grisones, así también la pérdida de éstos trae consigo la ruina completa de todas las ligas de Suiza, además de que abre el camino al español para lograr su propósito de la monarquía de Europa.»

Fancán sólo disienta de Richelieu en cuanto á la política religiosa: «Huid como de la muerte, escribía, de las guerras civiles; no las emprendáis á la ligera bajo el augusto pretexto de la religión, que ha servido siempre de disfraz pernicioso para encubrir la malicia de los enemigos del Estado.» Censuraba á los ministros porque no cumplían todos los artículos del tratado de Montpellier, y se negaban, por ejemplo, á demoler el fuerte Luis construido á las puertas de La Rochela. Pues bien, Richelieu aprobaba esta mala fe.

Los Brulart intentaron acercarse á la reina madre, y no habiéndolo conseguido, meditaron oponerle, trayéndolo nuevamente á la corte, al príncipe de Condé

que, de regreso de Italia, vivía retirado en Berry. Además indujeron á María de Médicis á casar á su hijo segundo, Gastón de Orleans, con mademoiselle de Montpensier, á fin de indisponerla con Luis XIII que no quería casar á su hermano mientras él no tuviera hijos. El rey consintió á disgusto en aquel matrimonio, pero aplazándolo.

Luis XIII era un marido áspero y poco solícito, y la joven reina, Ana de Austria, se distraía con algunas damas tan jóvenes como ella, como por ejemplo la viuda del condestable Luynes, la señora de Verneuil y la señorita de Verneuil, que después fué duquesa de La Valette. Aquella pequeña corte era muy solicitada y en ella reinaba la alegría. Luis XIII, al partir en 1622, había ordenado á Ana de Austria que despidiera á sus amigas, orden que la reina no obedeció; y cuando aquél, á su regreso, vió que continuaba imperando allí la misma desolventura y que afluían á la cámara de Ana los hombres, prohibió á éstos que siguieran frecuentándola. Los Brulart quisieron persuadir á la reina de que aquella orden había sido inspirada por María de Médicis, y cuando Luis XIII resolvió alejar de la corte á la duquesa de Chevreuse, propalaron el rumor de que todo se debía á la reina madre; pero Richelieu evitaba que ésta se perdiera en aquellas intrigas. En 7 de julio de 1623, el nuncio escribía: «Sea que quiera vivir tranquila ó que obre según los consejos del cardenal de Richelieu, que quiere estar bien con los dos partidos, la reina madre no se agita mucho ni hace nada.»

Richelieu, violento é imperioso, fingíase suave y humilde. El rey, que no olvidaba que había sido secretario de Estado de Concini y consejero de su madre durante el destierro de ésta, decía, hablando de él y señalándolo al mariscal de Praslin: «He aquí á un hombre que querría ser de mi Consejo, pero no puedo resolverme á darle en él entrada después de todo lo que ha hecho en contra mía.» El cardenal confiesa á medias esta antipatía: «...En medio de mi aflicción, escribe en 1622, he tenido la suerte de que si mis enemigos me han privado algunas veces del favor de mi soberano, no han podido conseguir que dejara de estimarme.» Pero hay admiraciones á las que acompaña el miedo; y Richelieu comprendía la necesidad de amortiguar el brillo de su mérito y de suavizar las asperezas de su carácter.

Más hábilmente aún procuraba conquistar al joven rey sugiriéndole ideas de gloria y los medios de defender la grandeza de la Corona; este era su sistema de mostrarse adversario de los ministros, y fuerza es confesar que no era el menos ingenioso. Luis XIII se dolía vivamente de la impotencia de su diplomacia y sentía rencor contra los Brulart porque convertían en vergüenza para Francia el gran proyecto sobre la Valtelina anunciado por la Liga de París. Sin preocuparse de esta amenaza de guerra, España y el papa resolvían la cuestión de la soberanía de los grisones y la de los pasajes. Después de la muerte de Gregorio XV (8 de julio de 1623), Urbano VIII, elegido en 6 de agosto de 1623, mostrábase tan español como su predecesor. El superintendente general de Hacienda, La Vieuville, denunciaba al rey los descuentos que Brulart y Puisieux percibían sobre los subsidios destinados á los holandeses y á los demás aliados de la Corona, y en la

noche del 1.º de enero de 1624, Luis XIII, que aquel mismo día había recibido afectuosamente al canciller, le ordenó que entregara los sellos. Puisieux creyó que se salvaría abandonando á su padre, pero un mes después fué á su vez destituido (febrero de 1624).

Condé, en odio á los hugonotes, había descuidado los intereses de Francia en el exterior; los Brulart cayeron por no haber pensado en ellos con bastante energía.

### III.—Richelieu contra La Vieuville

La Vieuville, que llegó á ser el miembro más influente del Consejo, reorganizó el gobierno, distribuyendo de nuevo entre los tres secretarios de Estado, Herbault, De Oquerre y La Ville-aux-Clercs y otro recién nombrado, Beauclerc, los negocios extranjeros que Puisieux había monopolizado. De Aligre había recibido los sellos cuando fué destituido Sillery; pero Richelieu, que había contribuido á la caída de los Brulart, no entró en el Consejo; su mérito siguió perjudicándole. La actitud de La Vieuville fué, en un principio, firmísima. El comendador de Sillery representaba fielmente en Roma la política indecisa de sus parientes; advertido demasiado tarde de la desgracia de éstos ó deseoso de salvarse por medio de un golpe de efecto, había firmado el arreglo relativo á la Valtelina que proponía Urbano VIII y en el que se ordenaba la demolición de los fuertes, la restitución de la soberanía á los grisones, con prohibición de penetrar armados en el valle, y la libertad de los pasajes á los españoles para salir de Italia. El papa, naturalmente, sólo había pensado en proteger á los valtelinos contra sus dueños protestantes y en dejar á los españoles el medio de socorrer á la Alemania católica. La Vieuville destituyó á Sillery y envió al conde de Bethune para que denunciara aquel arreglo (24 de abril), y escogió para embajador extraordinario en Suiza á un hombre resuelto, Aníbal de Estrées, marqués de Coevres, diplomático y soldado, que había de excitar á los suizos protestantes y católicos á libertar á los grisones.

La Vieuville reanudó las relaciones con los holandeses que, descorazonados por sus derrotas, estaban á punto de llegar á una inteligencia con España, y firmó con ellos, en 10 de junio de 1624, un tratado de alianza ofensiva y defensiva, en virtud del cual percibirían aquel año una ayuda de 1.200.000 libras y tendrían asegurado por dos años un subsidio de un millón.

Aprovechó la ocasión de casar á Enriqueta de Francia en Inglaterra. El príncipe de Gales había vuelto desengañado de Madrid, en donde había pasado seis meses (marzo á septiembre de 1623) y cuya corte, después de haber intentado combatirle, había querido, entre otras cláusulas del contrato, imponerle la concesión de la libertad de conciencia á los católicos ingleses y el derecho, para la futura reina, de retener á su lado á sus hijos hasta que tuvieran doce años y de educarlos en la religión católica. Estas exigencias sin ninguna compensación (pues la dignidad palatina había sido conferida al duque de Baviera) determinaron una ruptura. Jacobo I se fijó entonces en Francia y en el mes de marzo (1624) milord Rich vino á París y María de Médicis mandó hacer el retrato de su hija para enviarlo á Inglaterra.

La Vieuville, comprometido en tantos negocios delicados y peligrosos, necesitaba reconciliarse con la reina madre, la cual, descontenta de la suerte de Richelieu, hacía dos meses que se mostraba enojada y no se presentaba en la corte. Para ello ofrecióle hacer entrar á su favorito en el Consejo, logrando vencer las desconfianzas del rey; pero á fin de limitar la acción de aquel genio emprendedor, concibió la idea de «formar un Consejo de los despachos compuesto de personas que no formasen parte del Consejo (secreto de los negocios) ni se acercasen á la persona del rey,» consejo del cual sería jefe Richelieu.

Este se excusó pretextando el mal estado de su salud, el tráago de las visitas y de los solicitantes y la impotencia en que se vería de presentarse regularmente en la corte y de prestar sus servicios al rey. Los negocios extranjeros de los cuales se quería encargar al Consejo de los despachos, decía, requieren «resoluciones tan generosas y prudentes que sólo pueden esperarse del rey y del Consejo instituido cerca de Su Majestad.» Podría suceder también que el Consejo de los despachos adoptara una resolución y que se tomara otra contraria en el Consejo en presencia del monarca; y por otra parte, como la conducta que debe seguirse en el exterior depende «de la disposición en que se está para el interior, necesariamente han de ser» los miembros del Consejo secreto, «y no otros,» los que cuiden de los negocios extranjeros.

El rey le obligó á aceptar y le nombró al mismo tiempo miembro de su Consejo, en el que sólo tenían entrada La Vieuville, el guardasellos, el cardenal de La Rochefoucauld y el Condestable; pero, según refiere el secretario de Estado, Brienne, la intención de La Vieuville «no era, como tuvo á bien decirnos el rey, dar á Richelieu el secreto de los negocios, sino juzgar los negocios con él, como lo hacía con el cardenal de La Rochefoucauld y con el Condestable, que no gozaban de su entera confianza.» El papel de Richelieu se limitaba, por consiguiente, á emitir su opinión, y aun sólo cuando se la preguntaban; no podía entrar en tratos con nadie, pues era simplemente un ministro de Estado consultivo, ni negociar en su casa; su acción comenzaba y terminaba en las puertas del Consejo.

Richelieu se resignó, pero disputó la precedencia al Condestable, afirmando que los cardenales la habían tenido siempre, hasta sobre los príncipes de la sangre. Lesdiguières declaró que cedía «para obedecer las órdenes de Su Majestad, que tenía mucho gusto en mostrar esta complacencia á la reina, su madre.»

Era este un primer triunfo; mas no tardó Richelieu en conseguir otro mucho más alarmante aún para La Vieuville con motivo de la discusión del tratado con los holandeses. Se trataba de una alianza con los herejes y todo el mundo esperaba ver qué haría el Cardenal quien «sostuvo valerosamente que aunque al pronto pareciese que en Roma podrían oponerse objeciones á una unión más estrecha» con aquel Estado protestante, «pensaba, sin embargo, poder asegurar que no la desaprobarían, pues era cierto que en Roma, más que en todos los lugares del mundo, se juzgan las cosas tanto por el poder y la autoridad como por la razón eclesiástica;» pero añadió que, en su concepto, debían añadirse «á los artículos hechos anteriormente, algunos ar-

tículos importantes para el Estado y para la religión.»

En efecto, los negociadores Lesdiguières, La Vieuville y Bouillon se habían limitado á pedir que se permitiera el ejercicio de la religión católica en el domicilio del embajador y sólo á los franceses; y como el embajador había sido siempre hugonote, la misa no se había celebrado nunca. El cardenal aconsejó al rey que no concediera á los holandeses «el socorro que pedían sino á condición de que á las gentes de guerra francesas les sería permitido tener también capellanes que dijeran misa y administraran los sacramentos;» y á pesar de la resistencia que sobre este punto oponían los representantes de las Provincias Unidas, «se redactó un artículo expreso» en el proyecto de tratado resuelto en Compiègne en 20 de julio de 1624 (1).

La preocupación por los intereses religiosos se ve aún más marcada en las negociaciones con Inglaterra. Dos embajadores extraordinarios, los condes de Carlisle y de Holland, habían venido á pedir la mano de Enriqueta de Francia para el príncipe de Gales; y el cardenal, aunque partidario resuelto de este matrimonio, declaró que era preciso «para el honor de Francia... buscar en aquel enlace todas las ventajas que se puedan para la religión (católica)...» de lo contrario, «sería muy de temer que se provocaría la cólera de Dios sobre nosotros, como hizo Josafat, el cual, aun siendo rey piadoso, sintió rigurosamente la mano de Dios por haberse unido con Acab, rey de Israel, que perseguía cruelmente á los siervos de Dios.»

La Vieuville, Aligre y Richelieu quedaron encargados de discutir con los representantes de Jacobo I las cláusulas del contrato. Richelieu comenzó por pedir que el gobierno inglés otorgara á los católicos de Inglaterra, por consideración á la princesa francesa, las mismas concesiones que había consentido por consideración á la infanta; pero los ingleses sólo prometieron la libertad de rezar á puerta cerrada, y aun esto no por virtud de compromiso incluido en el contrato, sino por simple promesa verbal de su rey.

Richelieu quería un artículo en el contrato, «obligación más solemne y pública,» á fin de que todos los católicos ingleses se considerasen más obligados á Francia; pero los embajadores, por temor precisamente á lo que él deseaba, insistieron en su negativa á pesar de haberles aquél declarado que era una condición *sine qua non*.

La Vieuville se irritaba de que se comprometiera la alianza inglesa á causa de los católicos ingleses: «¡Diantre, exclamaba; esos curas me lo estropean todo!» Había hecho venir de Inglaterra al conde de Tilliers, que también se preocupaba de conseguir la salvación de los ingleses mediante el matrimonio francés; y, según parece, dijo á los embajadores ingleses «que al rey le era indiferente el trato que el rey de la Gran Bretaña diera á los católicos y que si hablaba de ello era sólo por fórmula y para contentar al papa y á los católicos

(1) *Mémoires de Richelieu*, M. y P., 2.<sup>a</sup> serie, VII, pág. 297. Este tratado de Compiègne, del 20 de julio, es el mismo de 10 de junio (véase la página siguiente), con la fecha equivocada, ú otro tratado posterior aumentado con el artículo adicional de que hablan las *Memorias*? Difícil es contestar á esto. El único tratado incluido en el *Recueil des traités*, de Leonard, y en el *Corps diplomatique* de Du Mont es el de 10 de junio y no contiene el artículo relativo á los capellanes de los regimientos.

de Francia.» Inquieto por la lentitud de las negociaciones, hizo decir á Jacobo I que el rey se contentaría con una simple promesa de tolerancia; y Richelieu, á quien el secretario de Estado, Brienne, había advertido de los manejos de La Vieuville, juró que le haría arrepentirse de ellos.

La Vieuville llevaba atrevidamente sus planes adelante: á Marescot, que iba de embajador á Alemania, dióle instrucciones distintas de las acordadas en Consejo; y en junio de 1624 hizo expulsar al coronel de Ornano, gobernador de Monsieur, hermano del rey, acusando de esta expulsión á Richelieu á fin de ganarse la voluntad del joven príncipe. Era orgulloso y brutal, desconsiderado en sus palabras hasta cuando hablaba de Luis XIII, y aparentemente incurrió en grandes contradicciones, pues mientras trataba con Holanda é Inglaterra, entretenía con buenas razones al embajador de España.

En connivencia con su suegro, Beaumarchais, el tesorero del Ahorro, hacía negocios con los asentistas; y lo que era aún más grave, no pagaba las pensiones, ni siquiera de los grandes señores como Bassompierre, y á los que le reclamaban sus atrasos les respondía, según la época del año, «que se llama enero y no octubre, y que es La Vieuville y no dinero.»

Richelieu, para combatirle, recurrió á Fancán, el cual publicó *La Voix publique au roi* («La Voz pública al rey»). «Dícese, Señor, que La Vieuville hace de mariscal de Ancre, de Luynes y de Puisieux, todo á la vez, presumiendo tanto, que en vuestro Consejo se encarga de resolverlo todo y se incomoda si los secretarios ponentes no formulan las conclusiones que desea ese único senador.»

Contrastando con la crítica de La Vieuville, hacía el elogio de Richelieu: «En cuanto al cardenal Richelieu, siendo hábil y prudente como es, no se ve que vaya á buscar otro apoyo que en la autoridad legítima de Vuestra Majestad... Sin fijarse en los intereses de España ni de los mojigatos (*las dos pestes*), abrazará los de Vuestra Majestad, como otro cardenal Jorge de Amboise.

Richelieu, con mayor discreción, ponía en conocimiento del rey la «mala conducta» de La Vieuville y le agriaba contra un ministro que obraba á espaldas suyas y que en el asunto de los católicos ingleses desnaturalizaba sus sentimientos y comprometía su conciencia. La Vieuville, alarmado, quiso servirse del P. Arnoux, ex confesor del rey, de quien trató de hacer el confesor de la reina madre; pero este proyecto fracasó y Luis XIII mandó poner preso á La Vieuville, en 13 de agosto, encerrándolo en el castillo de Amboise.

Richelieu, nombrado jefe del Consejo, suprimió la superintendencia y confió la hacienda á dos directores, Champigny, conocido por su integridad, y Marillac, el servidor leal de María de Médicis. Schomberg volvió á entrar en el Consejo. Políticos y ultramontanos aplaudieron este cambio que significaba el triunfo de la reina madre. Los hábitos que vestía Richelieu, sus relaciones y sus obras de polémica contra los reformados, lo recomendaban á los católicos ardientes; sus declaraciones de 1617 y su patriotismo, á los «buenos franceses.» Las simpatías de ambos partidos habían al fin vencido las desconfianzas de Luis XIII y llevado al poder supremo al ex secretario de Estado, al obispo y al cardenal, de quien unos esperaban la ruina de la herejía y otros la humillación de la casa de Austria.